

CIENCIA

¿SON CONDENABLES LOS EXPERIMENTOS DE BOLONIA? UNA APROXIMACIÓN MAS ALLÁ DE LOS PREJUICIOS

Por Juan José MORALES

POR LO VISTO, no se ha entendido el verdadero significado de los experimentos que, en Bolonia, realiza un grupo de sabios italianos para lograr la gestación fuera del cuerpo humano. Sobre esos investigadores cayeron, como era de esperarse, las críticas de carácter religioso. Pero no es esto lo más importante, pues es de sobra conocida la posición de la religión ante la ciencia. Lo importante es que incluso personas de pensamiento avanzado y por lo general exentas de prejuicios se unen al coro de condenaciones.

La crítica más común en labios de este tipo de personas puede resumirse así: "Es absurdo y grotesco tratar de crear niños en el laboratorio." Pero no es este el fin perseguido por los profesores Petrucci, de Paoli y Bernabero, autores del experimento. Ni ellos ni hombre de ciencia alguno —excepto si se trata de un nazi— han pensado alguna vez en convertir en realidad esa fantasía que Aldous Huxley pintó magistralmente en *Un mundo feliz*: la de laboratorios dedicados a la producción en serie de hombres preparados especialmente para el trabajo en las minas, la dirección de empresas, la creación científica o el arte, hombres fabricados de acuerdo con las necesidades de la industria o de la sociedad. Un hombre de ciencia es ante todo persona sensata y nada está más alejado de su mente que cosas como las que describía Huxley en ese libro que, por lo demás, no puede tomarse como una auténtica profecía sino como una crítica de la sociedad actual y de los resultados que podría tener el desarrollo de esta sociedad.

Tal vez cuando otro italiano, Lázaro Spallanzani, realizaba en el siglo XVIII sus famosos experimentos sobre inseminación artificial no faltó algún crítico que pintara el escandaloso cuadro de una sociedad futura en la que estaría abolida la fecundación natural y los niños serían simples productos de laboratorio, sin que en su creación interviniera el hombre más que de manera marginal. En nuestros días la inseminación artificial es cosa común y corriente y ¿qué ha sucedido? Ya no es simple curiosidad de laboratorio, no se fecundan solamente ranas y salamandras sino aun mujeres, pero la inseminación artificial no ha trastocado la vida del género humano. Sólo ha servido para mejorar el ganado y para resolver el problema de matrimonios sin hijos por la esterilidad del esposo.

La gestación en condiciones de laboratorio, repetimos, no tiene más propósito que el de reproducir en todas sus fases esos nueve meses decisivos para el ser humano que normalmente transcurren en el vientre de la madre; reproducirlos para estudiarlos, conocer mejor el proceso y de este conocimiento extraer las experiencias adecuadas para encarar con mejores armas un sinnúmero de problemas biológicos y fisiológicos.

Entre los problemas que se resolverían al conocer en todos sus detalles el proceso de gestación sobresalen los que siguen:

- El de las llamadas mutaciones espontáneas, provocadas por la acción del calor, los agentes químicos o los rayos cósmicos sobre los genes, unidades hereditarias de las que dependen las características del individuo. Durante la gestación los genes son afectados por esos factores, las más de las veces en forma negativa, y el resultado es que un porcentaje de niños —por lo menos el 2%— tienen defectos genéticos que en el curso de su desarrollo les producirán enfermedades o deformidades de diverso género.

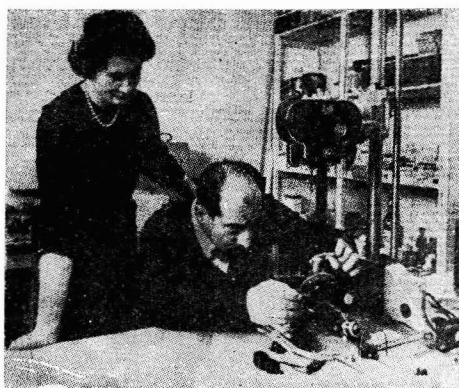
- Los problemas muy del siglo XX que se derivan del uso cada vez más generalizado de aparatos de rayos X y de sustancias radioactivas, cuyo efecto sobre las células reproductoras y sobre los fetos es generalmente dañina. ("Existen fundamentos —dice un estudio de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos— para esperar que, con el tiempo, podamos controlar por lo menos una parte de las mutaciones espontáneas, así como también de las provocadas por la radiación." El primer paso para ello es, desde luego, conocer el proceso de la gestación y las diferentes maneras como el ser humano es afectado genéticamente por los procesos naturales o artificiales en los primeros meses de su existencia.)

- Los de la herencia. El niño hereda determinados caracteres de sus padres en la medida en que el gene que tiene esos caracteres domine sobre otro. Y no siempre se heredan las mejores características. En ocasiones el gene dominante es el que tiene las menos adecuadas.

- Algunos problemas del parto y el embarazo. Se podrá prever complicaciones de diverso tipo y evitar el nacimiento de niños muertos o deformes y los partos difíciles.

Estos y otros muchos problemas son los que se trata de resolver con los experimentos de Bolonia. No hay en ellos nada antinatural, nada monstruoso. Todo es perfectamente natural y está enderezado hacia el beneficio de la humanidad.

Pero aun aceptando esto, aun reconociendo que no se intenta establecer "fábricas de niños" ni cosa parecida, se presentan objeciones del tipo de "es criminal usar seres humanos vivientes, aunque se encuentren en las primeras etapas de su desarrollo, para experimentos de este tipo".



Petrucci y su asistente Laura de Paoli.

En verdad resulta un tanto repugnante pensar que un biólogo fecunde un óvulo, observe su desarrollo hasta cierto límite y luego fríamente dé muerte al feto si muestra señales de deformarse. Pero esta repugnancia está fundada hasta cierto punto en la misma clase de prejuicios de quienes, negándose a permitir la "profanación" de los cadáveres, detuvieron durante siglos el progreso de la anatomía. Para los hombres del siglo XI o XII era criminal, inmoral y anticristiano utilizar un cadáver para estudios anatómicos, era una irreverencia abrir la morada carnal del alma para extraerle las vísceras y estudiar la distribución de los órganos internos. Hoy nadie pondría semejante objeción a un estudiante de medicina. Del mismo modo, dentro de algún tiempo nadie pondrá tampoco objeciones a la gestación artificial.

Mirando las cosas fríamente, sin apasionamientos ni prejuicios morales o religiosos, esos fetos artificiales de los investigadores de Bolonia son simplemente animales de laboratorio. No son seres humanos concientes; están al nivel apenas de un conejillo de indias o de las salamandras de Spallanzani. Es difícil aceptar esta idea, pero el hombre de ciencia no puede renunciar al conocimiento de la naturaleza por prejuicios de ninguna índole. Además, ¿no está legalizado el aborto en muchos países? ¿Y no en otros se practica ilegalmente? Sin duda muchos de quienes sienten asco ante la sola idea de crear un feto dentro de una probeta y darle muerte después de tratarlo como simple material de laboratorio no tienen tantos prejuicios respecto del aborto, y quizá, llegado el caso, lo practicarían. Pero mientras el aborto es sólo la supresión de una vida, inútilmente, las experiencias de laboratorio tienen la utilidad innegable de dar a la ciencia nuevas y más eficaces armas para salvar vidas, para beneficiar al género humano.

Por último, se objeta: "Si los experimentos llegan a tener buen éxito y se logra que el óvulo se convierta en un niño normal, ¿qué será de este ser sin padres, de este huérfano antes de nacer?" No se sabe si los experimentos llegarán hasta ese grado, aunque no hay ninguna razón para que tal cosa no ocurra. En ese caso también habrá que ver las cosas fríamente: ese niño crecerá normalmente. ¿Por qué no? Bastará con ocultarle su origen para no crearle complejos y podrá tener una vida normal de hogar adoptado por su creador, que podría ser considerado su padre. Y aún si terminara en un orfelinato no correría peor suerte que muchos huérfanos que perdieron a sus padres en guerras que se aceptan como cosa "natural" y no son condenadas con la misma energía que se emplea contra un experimento científico.

No deja de ser difícil aceptar todos estos puntos de vista. Por muy avanzado que sea el pensamiento humano hay siempre un residuo de prejuicios. Además, el experimento de Bolonia es algo tan trascendental que ha sacudido hasta sus cimientos la moral y la religión. Pero no queda más remedio que aceptar los hechos tal como son, por la sencilla razón de que no tienen nada de inmoral ni de inhumano y porque del sacrificio —si sacrificio puede llamarse— de unos fetos de laboratorio depende la existencia normal de esos dos niños de cada cien que podrán verse libres de taras genéticas y de esos millones de niños que no nacerán muertos.